

dicha... ¿oyes tú? ¿entiendes? ¡La dicha mayor y la mayor desdicha! Haré prodigios en atormentarte.

DANIEL. (Después de un momento de reflexión.)—Lo haré, mañana lo haré. (Vase.)

FRANZ.—La tentación es grande, y él no ha nacido para ser mártir de su fe... Bien va esto, señor Conde. Según todas las probabilidades, mañana por la noche celebraréis vuestro banquete final... Todo depende en este mundo de la opinión, y es indudablemente un loco el que trabaja contra sí. Al padre, que acaso ha bebido una botella de vino más de lo acostumbrado, acomete cierta concupisencia... y de aquí sale un hombre, y este hombre era lo último en que había pensado en todos estos trabajos de Hércules. Yo, por mi parte, experimento también ahora ese deseo... y muere un hombre, y hay aquí más inteligencia y más intención que hubo allí para que naciera. ¿No influye, por lo común, en la existencia de la mayor parte de los hombres el ardor de una tarde de Julio, ó el aspecto provocador de una cama, ó la postura inclinada de una Venus de cocina, dormida, ó una claridad dudosa?... ¿Es el nacimiento del hombre la obra de un acto animal, de una casualidad? Entonces, ¿quién pensará que la negación de su existencia es más importante? Maldita sea la estupidez de nuestras nodrizas y niñeras, que extravían nuestra imaginación con cuentos horribles, y graban en nuestro delicado cerebro imágenes espantosas de castigos en la otra vida, de tal suerte que, sin quererlo, temblor y frío angustioso se apodera de nuestros miembros, coartan nuestra osadía y nuestra decisión, y encadenan nuestra razón, al despertar, en creencias oscurantistas y supersticiosas... ¡El asesinato! como si un infierno entero de furias hubiera de rodearlo... pero la naturaleza se olvida de fabricar un hombre más... no se ha ligado el ombligo... el padre ha permanecido ocioso la noche de bodas... y des-

aparece toda esa endiablada fantasmagoría. Era algo, y ya no es nada. ¿No equivale esto á era nada y nada es? ¿A qué gastar palabras en nada?... El hombre nace del lodo, en el lodo se revuelve un instante y se convierte en lodo, y en él fermenta, hasta que al fin se queda adherido á la suela de los zapatos de su nieto. Tal es el fin del canto... el círculo fangoso del destino humano, por lo cual... ¡buen viaje, señor hermano! La moralidad hipocondriaca y molesta de la conciencia puede arrancar de los lupanares á viejas arrugadas, y atormentar á usureros ancianos en su lecho de muerte... pero conmigo no tiene valor alguno. (Vase.)

ESCENA III.

Otro aposento del Castillo.

MOOR, que entra por una puerta, y DANIEL por otra.

MOOR. (Con viveza.)—¿En dónde está la señorita?

DANIEL.—Permitid, señor, á un pobre hombre que os dirija una súplica.

MOOR.—¿Concedido! ¿Qué deseas?

DANIEL.—No mucho... y todo... algo insignificante... y sin embargo de la mayor importancia... ¡dejadme besaros la mano!

MOOR.—¿No, buen anciano, (Lo abraza.) á quien yo podría llamar mi padre!

DANIEL.—Vuestra mano, vuestra mano!

MOOR.—¿No, no!

DANIEL.—Debo besarla. (La coge, la mira un instante y cae de rodillas.) ¡Mi muy querido, mi excelente Carlos!

MOOR. (Da un grito, se repone, y se muestra frío y reservado.)
—¿Qué dices, amigo? No te entiendo.

DANIEL.—¡Sí, negadlo, disimulad! ¡Bien, bien! ¡Siempre sois mi mejor, mi más amado señorito!... ¡Dios de bondad! ¡que yo, hombre anciano, haya disfrutado de esta alegría!... ¡qué torpe en no haberos conocido al instante!... ¡Oh Padre, que estás en el cielo! ¡Y habéis vuelto así, y el viejo señor enterrado, y habéis vuelto!... ¡qué asno ciego he sido! (Dándose un golpe en la frente.) que á primera vista... Sí, tú eres mi Carlos. ¡Quién hubiera podido ni aun soñarlo! Y lo que yo pedía con tantas lágrimas... ¡Jesucristo! ¡Ya está otra vez vivo y sano en la antigua sala!

MOOR.—¿Qué decís? ¿Deliráis? ¿O representáis conmigo una comedia?

DANIEL.—¡Oh, quitad allá! No está bien que os burléis así de un antiguo servidor! ¡Esta cicatriz! ¡Eh! ¿Os acordáis todavía? ¡Gran Dios! ¡Qué susto me disteis! Cuando siempre os quise tanto, ¡qué pena me causasteis entonces!... Yo os tenía en brazos... ¿no lo recordáis? allí, en la sala redonda... ¿no fué así, hijo mio? Sin duda lo habéis olvidado... y el cuco, que tanto os gustaba... pero ya se ha hecho pedazos al caerse al suelo... la vieja Susana lo ha roto limpiando la habitación... sí, sin duda: yo os tenía en mis brazos, y gritasteis: ¡mi caballito! y yo corrí á traéroslo... ¡Jesús!... ¿por qué yo, viejo asno, había de correr así?... ¡Qué angustia la mía!... Al oír vuestro grito de dolor, entro corriendo, y la sangre llenaba vuestro rostro, tendido en el suelo, y os habíais... ¡Santa Madre de Dios! Me quedé como si me hubieran echado de repente un cubo de agua fría... pero eso es lo que sucede cuando se pierde de vista á los niños un solo instante... Y fué en la mano derecha. Mientras yo viva, me dije, no dejaré en las manos de ninguna criatura, ni cuchillo, ni tijeras, ni cosa alguna con punta... Afortunadamente, el señor y la

señora estaban de viaje... Sí, sí, pensé; me servirá esto de aviso mientras viva. ¡Ay, ay de mí! me hubieran despedido, habrían... Dios te perdone, niño travieso... pero, á Dios gracias, pronto sanó la herida, y sólo quedó la cicatriz.

MOOR.—No entiendo una palabra de lo que dices.

DANIEL.—¿Cómo? ¿No es esto? ¿No es esto? ¡Qué tiempos! ¡Cuántas golosinas, cuántos bizcochos, cuántos macarrones no os he dado! ¡Siempre os amé entrañablemente! ¡No os acordáis de lo que me decíais un día en la caballeriza, cuando os montaba en el alazán tostado del señor, y os paseaba en él por el prado grande?—Daniel, me decíais; deja que yo sea hombre, que entonces te nombraré mi administrador, y vendrás conmigo en coche.—Sí, contestaba yo riéndome; si Dios nos da salud y vida, y no os avergonzáis de un viejo, repelía yo, os suplicaré que me dejéis la casilla que hay allá abajo en la aldea, desocupada hace tiempo, y allí, con unas cuantas pipas de vino, pasaré de tabernero los días que me restan de vida. ¡Sí; reid, reid! ¡No es verdad, mi jóven amo, que ya habéis olvidado todo esto?... No conocéis al anciano, no queréis conocerlo, y os mostráis indiferente, y como un extraño... Sin embargo, sois mi querido señorito... erais un poco ligero... pero no os incomodéis... es lo más común en los jóvenes... pero al fin todo se arregla en este mundo.

MOOR. (Abrazándolo.)—Sí, Daniel, no quiero fingir más. Yo soy tu Carlos, tu perdido Carlos. ¿Qué hace Amalia?

DANIEL. (Llorando.)—¡Que yo, viejo pecador, tenga esta alegría!... ¡y el difunto señor cuánto lloró en vano!... Anda, anda, cabeza blanca; huesos duros, andad al sepulcro llenos de gozo. ¡Mi señor amo vive, mis ojos lo han visto!

MOOR.—Y cumplirá lo prometido!... toma, anciano leal, por el alazán tostado de la caballeriza. (Da una bolsa de dinero.) No he olvidado al pobre viejo.

DANIEL.—¿Cómo? ¿Qué hacéis? Esto es demasiado. Os equivocáis.

MOOR.—No, Daniel. (Daniel quiere arrodillarse.) No te arrodilles. Dime, ¿qué hace mi Amalia?

DANIEL.—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios! ¡Válgame el profeta Jeremías!... vuestra Amalia, ¡oh! no podrá sobrevivir, morirá de alegría.

MOOR. (Con interés.)—¿No me ha olvidado?

DANIEL.—¿Olvidado? ¿Volvemos á las andadas? ¿Olvidaos? Si hubieseis estado aquí, si la hubieseis visto, si hubieseis presenciado sus extremos de dolor cuando llegó la nueva de que habíais muerto, divulgada por mi señor...

MOOR.—¿Qué dices? mi hermano...

DANIEL.—Sí, vuestro hermano, el señor, vuestro hermano... otra vez, cuando la ocasión sea oportuna, hablaremos más largo de esto... y de qué manera lo trataba ella todos los días, que Dios manda, cuando la requería para hacerla su señora. ¡Oh! Yo debo, yo debo darle esta nueva.

(Quiere marcharse.)

MOOR.—¡Detente, detente! que nada sepa, ni nadie, ni tampoco mi hermano...

DANIEL.—¿Vuestro hermano? No, no tengáis miedo, no debe saberlo. El menos que nadie... si es que no sabe ya más de lo que conviene... ¡Oh! Yo os digo que hay hombres perversos, hermanos, señores perversos... pero yo, por todo el oro de mi amo, no quisiera ser un eriado también perverso... Mi antiguo dueño os creía muerto.

MOOR.—¿Qué...? ¿qué murmuras ahí por lo bajo?

DANIEL. (En voz baja.)—Y, á la verdad, cuando se resucita así, sin desearlo... Vuestro hermano era el único heredero de mi difunto amo...

MOOR.—¿Qué dices ahí entre los dientes, anciano, como si algún horrible secreto estuviese á punto de salir de tus

labios, que no quisieras y que al mismo tiempo debieras revelar? ¡Habla con claridad!

DANIEL.—Pero prefiero antes roer mis viejos huesos de hambre y de sed, beber mi propia agua... que, en virtud de un asesinato, lograr un bienestar completo. (Vase ligero.)

MOOR. (Con indignación, después de una pausa horrible.)—
¡Engañado, engañado! ¡Un relámpago de luz ilumina mi alma! ¡Infames artificios! ¡Cielo é infierno! ¡Tú nó, padre! ¡Infames artificios! ¡Asesinatos, robos, empleando estas diabólicas tramas! ¡Calumniado por él! ¡falsificando, firmando mis cartas!... lleno de amor su corazón... ¡oh! ¡yo, de un loco, un monstruo!... lleno de amor su paternal corazón... ¡Oh, infamia, infamia! Con sólo haberme arrojado á sus pies... con derramar algunas lágrimas... ¡Oh! ¡yo ciego, ciego, ciego y loco! (Golpeando la pared con la cabeza.) Yo hubiera podido ser feliz... ¡oh, bajeza, bajeza! ¡La felicidad de mi vida villana, villanamente desvanecida! (Corriendo furioso á uno y otro lado.) ¡Asesinatos, robos, empleando estos manejos infames!... Nunca se enfureció. Ni un pensamiento malévolo hubo en su corazón. ¡Oh malvado, inconcebible, perverso, horrible, malvado! (Entra Kozinsky.)

KOZINSKY.—¡Hola, Capitán! ¿En dónde te ocultas? ¿Qué hay? ¿Deseas permanecer aquí más tiempo?

MOOR.—¡Véte y ensilla los caballos! Antes que el sol se ponga, habremos pasado la frontera.

KOZINSKY.—¿Hablas en són de burla?

MOOR. (Con imperio.)—¡Pronto, pronto! ¡No te detengas! ¡Déjalo todo! Que nadie te vea. (Vase Kozinsky.) Voy á alejarme de estos muros. La más leve dilación pudiera enardecer mi ira, y es al cabo el hijo de mi padre... ¡Hermano, hermano! Me has hecho el hombre más desgraciado de la tierra, sin haberte ofendido nunca, y tu comportamiento no es fraternal, sin duda... Disfruta en paz de tu maldad; mi presencia no amargaré más tiempo tu dicha... pero cierta-

mente, tu conducta no ha sido la de un hermano. Que las tinieblas la cobijen bajo sus alas, y que no te la arrebathe la muerte.

KOZINSKY. — Los caballos están ensillados, y podéis montar cuando os agrade.

MOOR. — ¿Qué prisa, qué prisa! ¿Por qué esa prontitud? ¿No he de verla más?

KOZINSKY. — Les quitaré las bridas, si queréis; me mandasteis apresurarme á todo trance.

MOOR. — ¿Me dejarás en paz? ¿Siquiera decirle adios! Acurraré el veneno de esta dicha, y luego... ¡detente, Kozinsky! diez minutos no más!... allí detras, en el patio del castillo... y partiremos en seguida.

ESCENA IV.

El jardín.

AMALIA. — Después, MOOR.

AMALIA. — ¿Lloras, Amalia?... lo dijo con una voz, con una voz... parecíame que la naturaleza se vestía sus más ricas galas... y esa voz evocaba los albores de mi venturoso amor. El ruiseñor cantaba como antes... las flores despedían sus perfumes como entonces... y yo, embriagada de deleite, estaba pendiente de su cuello... ¡Ay de mí! ¡Corazón falso y desleal! ¿cómo quieres disculpar tu perjurio? ¡No, no; lejos de mi alma tu imagen tentadora!... ¡yo no he violado mi juramento, tú eres su único dueño! ¡Lejos de mi alma, deseos traidores y descreídos! En el corazón, en que reina Carlos, no puede anidar ningún hijo de la tierra... Pero ¿por qué, oh alma mía, así siempre, así involuntaria-

mente vuelas hacia ese extranjero? ¿Por qué no has de ser fiel á la imagen de mi único amor? ¿No es el eterno compañero de mi único amor? ¿Tú lloras, Amalia?... ¡Ah! ¡Quiero huir de él!... ¡huit!... ¡Mis ojos no verán más á ese extranjero! (Moor entreabre la puerta del jardín. Ella se repone.) ¡Escuchemos, escuchemos! ¿No suena la puerta! (Ve á Carlos, y se levanta sobresaltada.) Él... ¿de dónde?... ¿cómo?... parece que me hace echar en tierra raíces, y que no puedo huir... ¡Dios del cielo, no me abandones!... ¡No, tú no arrancarás á mi Carlos del corazón! En mi alma no hay espacio para dos deidades, y yo soy una doncella mortal! (Saca el retrato de Carlos.) Tú, Carlos mio, sé mi ángel guardián contra ese extranjero, perturbador de mi afecto. A tí, á tí miraré sólo perpetuamente... y no habrá miradas profanas para ese otro.

(Sientase en silencio, con los ojos fijos en el retrato.)

MOOR. — ¿Estáis ahí, señorita?... ¿y afligida? ¿y derramando lágrimas sobre esa imagen? (Amalia no le responde.) Y ¿quién es el afortunado, que llena de plata los ojos de un ángel?... ¿puedo yo ver al que así ensalzáis?... (Intenta ver el retrato.)

AMALIA. — ¡No! ¡Sí! ¡No!

MOOR. (Retrocediendo.) — ¡Ah!... ¿y merece esa adoración?

AMALIA. — Si lo hubieseis conocido!

MOOR. — Lo hubiera envidiado.

AMALIA. — Adorado, querréis decir.

MOOR. — ¡Ah!

AMALIA. — ¡Lo hubieseis amado tanto! Había tanto, tanto en su rostro... en sus ojos... en el tono de su voz, muy parecido al vuestro... que yo lo amo de manera... (Moor mira á la tierra.) Ahí, en donde os encontráis ahora, estubo él millares de veces... y á su lado la que olvidaba en su presencia el cielo y la tierra... sus ojos vagaban aquí por ese soberbio paisaje, que parecía corresponder á sus miradas, llenas de dignidad, y embellecerse con placer proporcionado á su imagen grandiosa... aquí cautivaba con su mú-